

LA SICOLOGIA INDIVIDUAL DE ADLER

Por J. DE LA VAISSIERE

Traducido de "Archives de Philosophie", por Carlos Scudellari

INTRODUCCION

1.—Plan de estudio.

1.—Existe una oposición entre la sicología individual y la sicología general. Mientras aquella trata de la conformación especial de una clase de individuos, la sicología femenina por ejemplo, ésta se ocupa de la organización psicológica del hombre en general.

La sicología individual, en el sentido estricto de la palabra, estudia en forma particular la psicología de un individuo. Esta es la razón por la cual algunos pedagogos, de acuerdo con este punto de vista, propugnan la individualización de la educación, exigiendo lo que podríamos denominar la "escuela a medida".

Pero es necesario advertir que se considera también como psicología individual al estudio del desarrollo psicológico humano y de su posición como individuo frente a la colectividad.

En el presente estudio, la psicología individual tiene un sentido más preciso y exclusivo. Tratamos de la psicología individual de Adler, quien se esfuerza en demostrar que su sistema psicológico no es ajeno al contenido de las demás psicologías individuales. Como en éstas, Adler se ocupa de la caracterología, del desarrollo síquico del niño, del feminismo, de la terapéutica, de la reforma individual, social y religiosa, no habiendo un solo dominio de la psicología que no se haya visto invadido con su intervención; sobre todo en lo que se refiere a los problemas de la escuela y de la familia.

Todas las escuelas pedagógicas se sienten orgullosas de ser calificadas como "nuevas" y "activas", denominaciones algo confusas pues se aplican a tendencias muy diversas. En efecto, algunas escuelas católicas tienen especial interés en ser conocidas como tales, con el fin de dejar bien establecida su activa cooperación en la formación del niño y su prontitud en acoger toda suerte de métodos nuevos que aconseje el verdadero progreso. Empero, para otras escuelas, las mismas palabras significan el signo indubitable con que manifiestan su adhesión al "naturalismo pedagógico". Estas últimas, revisten variadas formas: unas siguen a Adler como continuador de Nietzsche, otras en cambio reclaman orgullosas la paternidad de Rousseau. Como entre todos los sistemas, el de Adler es el que acentúa más la tendencia, el presente estudio pondrá de manifiesto todo lo que de disperso y difuso hay en los demás.

No abordaremos el lado práctico del sistema de Adler, nos limitaremos a realizar un examen especulativo de su teoría psicológica, presentada por él mismo como la razón de ser de las aplicaciones, ya que en el terreno de la psicología positiva la teoría tiene mayor importancia que la práctica. Por otra parte, fuera del sistema de Freud, ningún otro presenta mejor el tipo de las psicologías profundas.

En nuestro estudio veremos sucesivamente: 1o. Un esbozo histórico. 2o. Las condiciones de una teoría de psicología profunda. 3o. Exposición de la teoría adleriana; y 4o. Examen de la teoría adleriana en relación con las condiciones requeridas.

I. — ESBOZO HISTORICO

2.—*Origen de la psicología individual.* 3.—*Su desenvolvimiento.*

2.—ALFRED ADLER nació en 1870, terminó sus estudios de medicina en la Universidad de Viena y en ella optó el grado doctoral. A comienzos de 1902 un grupo de médicos jóvenes se reunieron alrededor del profesor Freud con el objeto de estudiar a fondo el psicoanálisis. Adler era uno de ellos; allí conoció a Wittels, Stekel, Rank, y algo más tarde a Bleuler y a Jung. Pronto se hizo notar, entre la concurrencia asidua a las reuniones, por la viva-

cidad de su inteligencia, de aquí que aún después de su alejamiento de Freud, escribía éste: "No he rehusado jamás reconocer en Adler un espíritu superior, especialmente dotado para la especulación". Y algo más tarde añadía en el círculo de sus amigos íntimos: "Está excesivamente dotado para seguir siempre a la sombra de los grandes hombres".

Después de asistir durante algún tiempo a dichas reuniones y empaparse en el psicoanálisis, creyó Adler encontrar ciertas lagunas en las enseñanzas del maestro y entonces substituyó la teoría freudiana de las neurosis por la propia teoría de las super-compensaciones del sentimiento de inferioridad. Freud era desprendido y no podía negarse a permitir la utilización de sus trabajos, más era rigurosamente intransigente en cuanto a la doctrina. Para él, lo esencial del psicoanálisis era el primado del Eros, el inconsciente reprimido y activo, el complejo de Edipo, la censura y la sublimación. Nada podía pues justificar una desviación de Adler, quien se atrevió a lanzar un conjunto de ideas sistemáticas en el mecanismo construido con tanto trabajo por Freud. De esto se lamentaba éste cuando escribía: "Adler rechaza en bloc la importancia de la sexualidad, considerando exclusivamente la formación del carácter como resultado de la neurosis de la voluntad de poder y de la necesidad de compensar su inferioridad. De esta manera, arroja por la ventana todas las penosas adquisiciones que en el campo de la psicología ha conseguido el psicoanálisis".

El conflicto entre el maestro y el discípulo estalló por fin en la primavera de 1911. Extremadamente ilusionado con sus ideas, Adler llegó a creer que podía refutar a Freud en una discusión pública. "El águila osó mirar al sol frente a frente". Durante tres sesiones, Adler desarrolló con entera libertad sus concepciones. Pero en la cuarta sesión, Freud y sus leales, desataron contra él un ataque concertado de antemano. Se propuso entonces la exclusión de Adler del círculo, y éste retiróse con nueve adherentes.

Cuando el maestro puso en conocimiento de la Asamblea la separación oficial, mostró el profundo sentimiento que lo embargaba. Gustoso habría permitido introducir en su sistema una que otra de las concepciones del discípulo. Una que otra, pero no todas, y Adler se negaba rotundamente a aceptar tal solución. Adler, por su parte, también sufrió una gran desilusión con lo que

había ocurrido. Así lo atestiguan sus escritos de la época, en los que se muestra despechado y amargado. Melancólica es la observación de Wittel, él también disidente desde 1910, cuando reconoce que "no se podía encontrar sino un solo Freud".

3o.—Como no pudiera volver atrás, Adler comenzó a propagar infatigablemente su doctrina. En 1912 funda en Viena el "Verein für individual Psychologie", trabaja árdamente en la terapéutica de las neurosis, y se ocupa especialmente en crear doctrina para la educación familiar y escolar. En este último terreno, las organizaciones adlerianas se fueron multiplicando rápidamente.

Sin irradiar el mismo brillo que las asociaciones freudianas, las adlerianas son hoy muy numerosas. Existen en Viena, Budapest, Londres, Colonia, Prasov en Rumania, Stuttgart, Cracovia, Zagreb en Yugoslavia, Copenhague, Barcelona, Berlín. En esta última ciudad, funcionan centros de estudio, así como en algunas ciudades de Holanda, en Chicago y en París.

La "International verein für individual Psychologie" tiene un órgano de prensa, el "Zeitschrift für Individual Psychologie", fundado por Adler en 1922. Cada año publica cuatro fascículos, con un total de unas 260 páginas. A dicha revista se le ha anexado la colección "Individuum und Gemeinschaft".

Adler ha desarrollado una notable actividad en la difusión de sus teorías. Es así como de abril al mes de agosto de 1937 realizó una importante "tourné" por toda Europa, dictando lecciones en París, Bruselas, en Holanda y en las principales universidades de Inglaterra y Escocia. En el curso de su viaje a esta última se detuvo en Aberdeen, donde, al dirigirse a sustentar una conferencia sobre patología, fué sorprendido por la muerte en plena calle, a la avanzada edad de 68 años.

Adler ha escrito numerosas obras. Su sistema lo expuso a través de ellas de una manera invariable. Difiere pues de la doctrina de Freud, que ha ido evolucionando considerablemente conforme progresaba su producción bibliográfica.

Una sola modificación importante introdujo Adler en su doctrina, la relativa a las relaciones entre la neurosis y el sistema nervioso. En su primera obra, "El temperamento nervioso", proclamaba la dependencia fisiológica de las neurosis, afirmación que ha sido luego solemne y definitivamente desvirtuada.

No hay obra alguna de importancia sobre psicología individual que haya sido escrita en francés, excepción hecha de la de Madeleine Craz, publicada en 1935, y que hace resaltar especialmente los aspectos educativos de la teoría adleriana, de la cual muéstrase muy partidaria la autora.

II. — LAS SICOLOGIAS PROFUNDAS SUS TEORIAS

4.—*Problema general.* 5.—*Condiciones requeridas. La selección de los hechos y su interpretación en el material acumulado.* 6.—*Las líneas de la teoría. Reglas del dualismo y de la tripartición. Estética.* 7.—*Aplicación práctica de la teoría.*

4.—La psicología profunda ha sido brillantemente definida por W. Stern como un conjunto de "Concepciones que buscan, en las profundidades inconscientes de la personalidad, los orígenes y la interpretación de los hechos conscientes de la vida síquica y de la actividad voluntaria". Una psicología que tenga en cuenta el inconsciente, el preconscious y el subconsciente, puede con justicia ser denominada psicología profunda. Ahora bien, dentro de un sentido amplio, y fuera del terreno estrictamente científico, puede decirse que la psicología profunda ha existido siempre; en efecto, imposible explicar nada sin recurrir a la influencia de los factores ahora no conscientes, imágenes, ideas, sentimientos, tendencias adquiridas en el pasado. Empero, la inclusión de los hechos no conscientes en el objeto mismo de la psicología positiva, es relativamente reciente, sobre todo en cuanto se refiere a la determinación de las leyes que los norman y relacionan con la conciencia. Existen, aunque sea excepcionalmente, teorías en las que el inconsciente juega un rol general, como la hipótesis de H. Myers sobre la personalidad humana y la de H. Delacroix sobre los hechos místicos suscitados por la subconciencia. Es preciso llegar a los trabajos de Charcot, y sobre todo a los de Pierre Janet, así como al de los psicoanalistas, para encontrar psicologías a las que se pueden aplicar con exactitud la denominación de "psicologías profundas".

La psicología profunda no trata de sondear los hechos del inconsciente, para extraerlos; se propone unificar en una organización coherente todos los hechos, todas las leyes de los dominios cons-

ciente e inconsciente, y fijar los principios dinámicos generales de modo que, una vez conocidos, pueda obtenerse mediante ellos la interpretación de todo acontecimiento psicológico, desde el más humilde al más elevado, desde el más universal hasta el más mínimo detalle de una conducta humana.

Este anhelo no parece irrealizable. Si algún hecho del dominio inconsciente no puede ser directamente alcanzado por sí mismo, su influencia sobre la conciencia puede ser captada directamente en más de un caso. Una influencia de tal naturaleza, lleva, por decirlo así, en su seno la señal inconfundible de su origen, y de esta manera son alcanzados como a través de su sutil velo, los dinamismos inconscientes por actos conscientes, cuyos símbolos son.

Observados los hechos, intervendrá una hipótesis, la que dará lugar a la formulación de una teoría capaz de servir de clave para la interpretación de dichos hechos. Como esta teoría sobrepasa a los hechos, se multiplicará positivamente; entonces, la mejor de ellas será aquella que, sin dejar de tener en cuenta ningún hecho, ninguna ley fuera de su sistematización, conciba los dinamismos generales que agrupan los dinamismos particulares, en un orden utilizable, simple y estético.

Ningún psicólogo ha abordado el problema de la psicología profunda con tanto afán y audacia como lo han hecho Freud y sus discípulos. Los maestros del psicoanálisis no solamente han creado métodos, con los que afirman se puede poner uno en comunicación con el inconsciente y obligarlo a manifestar su influencia en el comportamiento exterior, sino que han edificado un sistema que abraza todos los hechos psíquicos. La insistencia sobre la comprensión universal de sus teorías es invariable. Freud decía que "el dominio de aplicación del psicoanálisis es tan amplio como la psicología toda"; Adler dice más aún cuando habla de la extensión de la psicología individual: después de recordar que la psicología individual se organiza según la voluntad de poder y el sentimiento de comunidad, cuya fusión traza una línea o plan de vida, añade sin ninguna restricción: "sobre este plan de vida se eleva toda la estructura psíquica. Todo el querer, el amplio círculo de los pensamientos, intereses, el curso de las asociaciones, las esperanzas, los anhelos y los temores, siguen el trazo marcado por la línea de vida". Aquí puede verse como Adler se da perfecta cuenta del

alcance del problema de la psicología profunda y además afirma haberlo resuelto. Falta ahora saber si su pretensión es justificada.

Nuestros grandes metodólogos, Claude Bernard, Henri Poincaré, y otros, han llegado a establecer con gran cuidado las normas a que debe someterse toda teoría científica. Las "teorías de psicología profunda" tienen, además, otras exigencias particulares que satisfacer.

Comprendidas según el espíritu de sus grandes creadores, estas teorías debieran ser "exclusivamente psicológicas". Tal era el pensamiento de Freud, no siendo menos claro al respecto, el de Adler. No obstante, en la primera de sus obras intitulada "El temperamento nervioso", Adler, después de su alejamiento de Freud, recurría a factores fisiológicos para explicar la naturaleza de las neurosis. De esta desviación supo retractarse en el Prólogo de las ediciones sucesivas de la misma obra: "No concebimos, dice, la psicología individual tal como está expuesta por primera vez en este libro, como estando ligada necesariamente a un substratum orgánico". Luego insiste en repudiar toda explicación simplista por tal o cual influencia humoral o por alguna función del cerebro; actitud que concuerda con la lógica de un verdadero psicólogo. Sin negar que los factores fisiológicos intervienen como condicionantes del conocimiento motriz y de las actuaciones exteriores, afirma que en el dinamismo hay fuerza psicológica, fuerza que en vano quisiérase reducir a lo puramente fisiológico. Se podrá objetar, claro está, que el dolor físico de una lesión, el malestar de la fatiga, proyectan su influencia sobre lo síquico. Sea, pero dichas influencias no se ejercen sino cuando el nervio está profundamente alterado o agotado, debiéndose acudir en último término a las afecciones psicológicas de placer o dolor. Según esto, la teoría deberá formularse únicamente a base de lo psicológico.

5.—Una teoría científica es una obra de arte intelectual, realizada con materiales ordenados, según una determinada arquitectura.

El material.—Está constituido por el conjunto de hechos conscientes o inconscientes. Es una tarea muy delicada para el teórico del inconsciente, la selección de los hechos cuya interpretación revelará el secreto del inconsciente. Freud, con verdadero discernimiento, con la singular maestría que posee, sabe distinguir

cuáles son los síntomas reveladores de influencias inconscientes, en los sueños, en las neurosis, en los actos fallidos de la vida cotidiana (olvidos, observaciones singulares, lapsus, errores irreflexivos, etc.), y también en la observación directa de los niños, cuya psicología, todavía no complicada con las numerosas asociaciones adquiridas por los adultos, está por consiguiente más influenciada por los dinamismos primitivos. Aquí puede verse la importancia de la selección de los hechos en la formulación de una teoría de psicología profunda.

La interpretación de los hechos tiene un lugar especial en toda ciencia. A ella corresponde la función de elaborar el *hecho bruto* para convertirlo en *hecho científico*. En psicología profunda esta operación tiene suma importancia. Interpretar el hecho bruto es inquirir en el inconsciente oculto de qué manera se manifiesta en la conciencia o en la conducta exterior, operación en la que tendrá una parte especialísima el olfato psicológico del teórico. La interpretación dada por Freud al sueño inconsciente es ya célebre: bajo su apariencia manifiesta, disimula un contenido latente, hecho de deseos reprimidos. Esto constituye un ejemplo de elaboración de un hecho bruto y su conversión en inconsciente científico.

Después de seleccionar e interpretar, sigue la clasificación.

Entre las influencias inconscientes, algunas de ellas son persistencias de hechos conscientes: todo lo adquirido por los sentidos que pasa a ser inconsciente, y que es susceptible, en determinadas circunstancias, de volver a ser consciente, aunque sea parcialmente, será hecho pre-consciente. Otros hechos que, por el contrario, no han sido ni serán jamás conscientes, son estrictamente inconscientes. Como se comprenderá, para los teóricos de psicología profunda aquí hay dos clases de hechos, que tendrán distinto lugar en la sistematización. Recordemos, a propósito, la división freudiana del aparato síquico en tres grupos: el "yo", el "super yo" o yo ideal, y el "ello".

Debidamente escogidos, interpretados y clasificados, los materiales serán ahora dispuestos en un conjunto ordenado. Aquí es donde el teórico hará brillar su genio, distinguiéndose por la originalidad de invención, cualidad máxima del "sentido estético" al que H. Poincaré ha dedicado sus más bellas páginas, señalando la enorme importancia que tiene, aún en las ciencias más abstractas.

6.—*La arquitectura de la sicología profunda* obedece a dos leyes fundamentales, el dualismo y la tripartición.

Ley del dualismo.—Esta ley se impone en todo orden de ciencia positiva. En el orden fisiológico, la energía vital encuentra frente a ella la tendencia a la descomposición; y el principio de conservación de la energía se complementa con la ley de los tropismos. Dentro del terreno estrictamente psicológico, la necesidad del dualismo se presenta con suma claridad: si los dinamismos síquicos tuvieran un origen único, carecerían de límites en su desenvolvimiento, pues nada vendría a turbar la libre e incesante expansión de un deseo de gloria, de un apetito de curiosidad, etc. Y sin embargo, la experiencia nos demuestra precisamente lo contrario, recordemos lo que hemos dicho sobre la relación entre lo fisiológico y lo psicológico (cómo las tendencias son refrenadas o estimuladas por la ausencia o el exceso de condiciones fisiológicas). Es decir, que en la “marcha hacia adelante” existe no obstante una tendencia hacia el “volver atrás”, un automatismo, una tendencia contraria, un sentimiento de resistencia por vencer. En la línea de actuación de toda actividad humana hay siempre una bipolaridad.

Los teóricos de la psicología profunda reconocen unánimemente la necesidad del dualismo. Todos los esfuerzos de Freud se encaminan a descubrir en el origen metapsíquico dos motores que sean realmente opuestos. En un principio creyó encontrar oposición entre los principios del placer y de la realidad. Se obedece a este último cuando, por ejemplo, se consiente en una amputación. Si-guese al primero, en todos los actos a cuya ejecución acompañe el placer. Pero haciendo un examen profundo, encontró Freud que en el ejemplo citado, el principio de actividad era el amor propio que sufría el impulso de la libido narcisista. Y como la oposición no le pareciese tan definida, reunió ambos en un solo principio al que denominó “Eros”. Para restablecer el dualismo colocó, frente al Eros, el instinto tanático o de la muerte, especie de “nirvana” que afanosamente quiso comprobar en las tendencias psicológicas del automatismo y de la repetición.

Ley de la tripartición.—De no existir sino dos principios opuestos en el origen de todas las actividades psicológicas, ¿cómo actuarían? La realización de ambos exige la presencia de un tercer principio que arrastre simultáneamente a los otros dos. Este

es el punto crítico de la arquitectura psicológica, en el que parece haberse llegado a un imposible.

El hecho de que un tercer motor sea el principio de actividad ¿destruye la oposición existente entre los otros dos? Por el contrario. Al sufrir una impulsión única, concuerdan en oponerse siempre. Es decir, que el impulso del tercer principio es fuente común de movimiento para los otros dos impulsos, los que siguen oponiéndose pues aquel sabe respetar la dirección de éstos. Podría compararse gráficamente con un arco de triunfo, cuyos pilares, se reúnen y a la vez se mantienen separados, por virtud del entablamiento de la parte superior.

En el curso de un interesantísimo estudio, un autor contemporáneo pone en evidencia la necesidad de ese "tertium quid" y refuta la sistematización freudiana, afirmando que el gran psicoanalista ha llegado gratuitamente a la solución que propone, porque dicho resultado se debe a la enorme importancia que concede al rol de la censura, censura que surge no se sabe de dónde ni en qué momento, y que viene, con extraña precisión, a mantener el equilibrio general.

El sistema aristotélico, que rechaza toda contradicción, dispone de un principio de dinamismos intelectuales que es al mismo tiempo el principio formal de la psicología sensitiva. El "tertium quid" hace entonces de "mens" y al mismo tiempo de "anima", coloca los dos órdenes, sensitivo e intelectual, en un plano de perfecta distinción, sin rechazar por eso la posibilidad y la realidad de la unión.

7.—Construida la teoría, sólo queda "ponerla en acción". vale decir, comprobar su aplicación práctica, lo que servirá de prueba y de índice de su verdadero valor.

El material puede haber sido cuidadosamente elaborado en la selección y en la interpretación, la arquitectura puede haber seguido las reglas establecidas para el caso; pero falta todavía la aplicación práctica, aplicación que vinculará hechos y leyes, que pondrá a prueba todo el conjunto, y determinará su verdadera importancia para el mundo científico. Si fracasa en este intento, la teoría será inútil. Más aún, es preciso que nada se oponga a la teoría, que no encierre contradicción alguna, porque entonces abar-

cando sólo una pequeña porción de hechos, le faltaría cuando menos la debida generalidad.

Cuando fué divulgada la teoría atómica, revolucionó el campo de los conocimientos químicos, produciéndose un movimiento de universal admiración. Tal era la perfección con que se adaptaba a todos los hechos observados en química orgánica e inorgánica, que podíase mediante ella preveer aún la existencia de cuerpos simples hasta entonces insospechados. Supongamos el descubrimiento de toda una serie orgánica que se sustrajera a las previsiones de la teoría atómica, ¿qué ocurriría?, que todo el entusiasmo se desvanecería, pues la teoría resultaría falsa.

Por estas razones el teórico no deberá nunca perder de vista la siguiente regla del método correcto: "guardar en lo posible una gran independencia con respecto a las teorías corrientes y también *al propio criterio*". De cumplirse esta fina observación de Ch. Richet, se habrá conseguido una prudente imparcialidad, precisamente lo contrario de la ambición del poeta: "Et mihi res, non me rebus subjungere conor".

En sicología, más que en ninguna otra rama del saber humano, es menester practicar con escrupulosa regularidad estas recomendaciones, pues sabido es que los hechos, en mayor o menor grado, forman parte también de nuestra propia vida.

Examinemos ahora la teoría de la sicología individual de Adler desde este triple punto de vista: el material, las líneas seguidas, v la comprobación práctica.

III. — TEORIA DE ADLER

- 8.—Material de las "conferencias de la Mesa redonda"; sueños, actos fallidos, neurosis, la infancia. 9.—Hipótesis directriz de Adler: la voluntad de poder. 10.—El sentimiento de comunidad. La regla de vida. 11.—El sentimiento de inferioridad. La protesta viril. La sobre-compensación. 12.—Refugio de la neurosis. 13.—Las líneas arquitecturales: la voluntad de poder y el sentimiento de comunidad. 14.—La comprobación práctica: feminismo, educación, religión.

8.—*El material de la Teoría.*

Teniendo en cuenta que en la fase de la elaboración de la teoría, Adler seguía un curso de sicoanálisis dirigido por Freud, fácil será comprender que para conocer mejor aquella será conveniente mantener los puntos de contacto con ésta. Adler, en realidad, ha seguido, a pesar suyo, la ruta que le marcara Freud, pues, como veremos, todas las conclusiones a que llega están constantemente en contradicción con las de su maestro.

Entre estos dos grandes intelectuales, Freud y Adler, existe un sorprendente contraste: similitud en la técnica, y, sin embargo, divergencia en los resultados. Podría seguirse sin esfuerzo la oposición entre ambos, entonces veríamos cómo lo que asevera el uno es negado enfáticamente por el otro. Probablemente pensaría en esto Freud cuando dijo sin mayores aclaraciones: "La teoría de Adler se ha levantado más sobre negaciones que sobre afirmaciones".

Imaginémonos ir a una de esas sesiones de miércoles por la tarde que bajo la denominación de "Conferencias de la Mesa Redonda" se celebraban allá por el año 1910 en el salón de Freud, en Viena. En ellas sólo se trataba de sicoanálisis, y como asiduos concurrentes podíase contar a Adler, Stekel, Feder, Hitschmann, Sadgers, Rank, Wittels, Jung, y otros, muchos de los cuales han llegado ya a ser célebres como profesores, siquiátras o directores de revistas internacionales.

Doctores en medicina todos ellos, apasionados por la sicopatología, se sientan alrededor de la enorme mesa con los ojos fijos en el maestro. Freud ejerce una influencia considerable. Su prestigio es explicable, ha publicado ya algunas de sus principales obras, "La ciencia de los sueños", "La sicopatología de la vida cotidiana", "Tres ensayos sobre la sexualidad". Después de haber estudiado en Francia las experiencias de Charcot y de Bernheim, y juzgando insuficientes sus procedimientos para un estudio objetivo del inconsciente, ha creado el método del sicoanálisis; en 1908 ha lanzado su célebre teoría del primado del Eros.

Agrupados alrededor del maestro, fumando cigarrillos y sorbiendo café cargado, trabajan los discípulos. Cada uno de ellos se ha comprometido a aportar su contribución y tomar parte en las

deliberaciones. Se expone un riquísimo y enorme material destinado al estudio de sicología profunda: sueños personales o ajenos, casos patológicos observados en la vida profesional, etc. . .

Freud emplea familiarmente el método socrático, interroga, argumenta, razona, tratando de introducir en la discusión las ideas que él quiere, dándoles así mayor fuerza. Con tono afable e insinuante, analiza, hace aflorar del inconsciente reprimido el contenido manifiesto de los sueños y de las neurosis, o bien, desarrolla las fases de la evolución de la infancia. "El auditorio está como hipnotizado. . . Nos ha tomado la delantera de tal modo, que no nos ha dejado nada por descubrir; él lo ha hecho todo. . .", dice Wittels. "Fascina, anonada, es imposible contradecirle cuando habla". Ha conquistado a todos, excepción hecha de Adler.

9.—ADLER escucha con atención, encantado seguramente por la elocuencia del maestro. Las exposiciones de éste le presentan nuevos y ricos materiales para la construcción del edificio que proyecta. En cuanto a las concepciones desarrolladas, los descubrimientos en el inconsciente, él no los quiere ver; su voluntad aplica su inteligencia en otras cosas. Mientras los demás sueñan sólo con la reunión de materiales, reservando para más tarde la construcción del edificio, él ya sistematiza. Rehusa bajar al sub-suelo de la conciencia, construye su hipótesis directriz, trabajando sólo con los hechos que le son aportados tan peregrinamente.

Para él, la actividad psicológica humana tiene toda su razón de ser en el hecho de que *el hombre quiere impulsar su vida*, y que, *débil como es, quiere ser fuerte, quiere ser poderoso*. Es decir, que en *la voluntad de poder*, en el esfuerzo realizado por la propia superación, debe hallarse la clave de toda la psicología humana.

¿Esta concepción era propia o la había tomado de Nietzsche? En esos momentos acababa de morir Nietzsche, lo cual hacía resaltar la importancia de sus obras. La *voluntad de poder* (der Wille zur Macht), preciso es decirlo, pertenece íntegramente a Nietzsche, pero el sentimiento de comunidad y su función con la voluntad de poder, le corresponde a Adler. Piensa Freud que las opiniones socialistas de Adler han influido en su teoría. Sea como quiera, Adler tiene una hipótesis, directriz y suprema, que lo orienta en todos sus trabajos. Aquí no se trata de penetrar en el incons-

ciente, rastreando afanosamente en las profundidades de la siquis. El punto de partida está en la superficie.

El Sueño.—Adler ignora totalmente su rol inconsciente. Para él, el soñador vive su ideal de vida, prepara el porvenir que realizará mañana. La voluntad de poder se afirma, es ella la que impulsa hacia adelante. El soñador ensaya el acto futuro, calculando y tomando disposiciones favorables al ideal de vida.

Los actos fallidos no presentan dificultad alguna en cuanto a su origen, sino en cuanto a su objetivo. Tal olvido parece imperdonable, tal reminiscencia es extraña, carece de relación con la realidad presente. No importa, la idea directriz está allí para explicarlo todo: se olvida aquello que obstaculiza la marcha hacia el porvenir deseado, se recuerda aquello que nos acerca a la ansiada meta. El pasado importa sólo en la medida que prepara o prevee el porvenir.

Los hechos de la primera infancia constituyen para Adler un estupendo medio para precisar y profundizar la hipótesis de la voluntad de poder. No se deja llevar como otros por el "Eros" que activa los principios del placer y de realidad para conducir al niño, del seno materno hasta la cumbre de la sublimación, por el autoerotismo y la sumisión a la censura. Adler ve en el niño la primera manifestación de la voluntad de poder orientada hacia el porvenir, voluntad de poder que adquiere entonces la forma que guardará siempre en el futuro. Desde entonces la voluntad de poder va acompañada de dos sentimientos, *el sentimiento de comunidad y el sentimiento de inferioridad*, que son según él los dos resortes más importantes del dinamismo psicológico.

El *sentimiento de comunidad* nace con la vida misma, y sus mandatos son tan imperiosos como pueden serlo los reflejos y las funciones orgánicas. Este sentimiento pasa por algunas fases en su desenvolvimiento. En un comienzo, el impulso es totalmente egoísta: el niño busca ciegamente a su madre para ser alimentado y recibir los cuidados que requiere. Aquí puede apreciarse cómo se une perfectamente este sentimiento con la voluntad de poder, pues como el niño quiere vivir y crecer, el sentimiento de comunidad se impone, manifestándose bajo esta forma.

A este período sigue otro. El niño se da cuenta de que tiene una personalidad, un "yo" distinto de los demás, y que hay otras

personalidades, otros "yo", que no dependen de su voluntad, sino que por el contrario, podrá contar con ellos, sólo en la medida que ellos quieran. Todo esto ocurre más o menos conscientemente.

La actividad psicológica del niño, desde el nacimiento hasta los cuatro o cinco años produce una especie de surco en la conciencia, una *línea de la vida* o *plan de la vida*, que le es propio, distinto de todos los demás, y del cual no se apartará ya más en la vida. La existencia del hombre podrá luego parecer como que sigue una u otra orientación, pero en realidad no cambiará nunca ese plan, jamás se apartará de los límites señalados por la línea de la vida.

Según Adler la línea de la vida se fija en la infancia con seguridad tal que abarca aún la intensidad con que será seguida en el futuro. Para precisar este aspecto se vale de un ejemplo: el niño que abandona temprano los cuidados de sus padres, el joven que se acostumbra a vivir en la calle y llega a realizar por su propia cuenta un pequeño comercio en plena calle, tiene más alto grado de actividad que el joven habituado a la vida doméstica, cuya única preocupación es llegar a casa donde encontrará sus libros y sus familiares. Supongamos, dice, que ambos tipos llegasen a traspasar el umbral del crimen, el primero llegaría a ser un asesino, mientras que el último a duras penas llegaría a ser un vulgar ratero.

En las fases superiores se afirma la unión entre la voluntad de poder y el sentimiento de comunidad, siendo el juego su mejor manifestación, pues en él interpreta el niño el papel del sacerdote, del jefe militar, o del comerciante, preparándose de esta manera para el porvenir.

Prosigue la vida, y vendrá luego la atracción de los sexos. En este punto, Adler hace una observación, atribuyó el amor a un impulso de la tendencia hacia la posesión, con lo que despertó las iras de Freud y sus discípulos. Contra lo manifestado por Adler se podrá protestar, diciendo que dicha afirmación hiere en lo más profundo a la naturaleza humana. Y en efecto, tal crítica tendría razón de ser, siempre que esta expresión de la voluntad de poder fuese considerada desligada del sentimiento de comunidad. Pero en la teoría adleriana la voluntad de poder y el sentimiento de comunidad laboran con unánime concierto, y entonces, quizás no parezca tan absurdo atribuir el amor conyugal a la fusión de un pro-

fundo sentimiento de comunidad con una irresistible tendencia a la posesión.

Voluntad de poder y sentimiento de comunidad perseveran en dirigir toda la vida humana, dentro del surco profundo de la línea de la vida, hacia una meta conforme al plan concebido, consciente o inconscientemente, en la primera infancia.

Otro sentimiento, el de inferioridad, coadyuva a realizar la marcha de la vida hacia adelante.

11.—*El sentimiento de inferioridad* aparece ya en los pequeños, siendo él, quien, junto con la voluntad de poder y el sentimiento de comunidad, lo aviva con el hambre y otras limitaciones que debe sobrepasar. Este sentimiento también existe en el sueño y en el juego, en los que busca apaciguar las inquietudes profundas por una apariencia de vida satisfecha. Pero, ¿precisa acaso una gran perspicacia en la observación, para notar su presencia? Trátese de trabajo intelectual o artístico, de vida interior, social o religiosa, aparece siempre el sentimiento de inferioridad como una limitación, como el "falta aún algo", que nos inquieta y confunde ante la posibilidad de no poder ir más allá, que nos sugiere la necesidad de detenernos, pues no podremos seguir indefinidamente hacia adelante. Este sentimiento de imperfección, ese sentirse incompleto, se halla siempre presente aunque en grado diverso en todas las personas.

Estamos ante un leit-motiv de la sicología individual. El sentimiento de inferioridad excita a compensar, o mejor, usando la terminología adleriana, a *sobre-compensar*, los perjuicios sufridos por el individuo.

Un defecto de articulación, impulsó a Demóstenes a sobre-compensarlo, y convirtiéndose en el más grande de los oradores del mundo entero. No es raro observar que los mejores pintores tienen generalmente anomalías visuales y que los mejores calígrafos son zurdos. Recuérdese a Beethoven, sordo, precisamente en los momentos de componer sus más bellas obras, y Estilicón, general de Honorio, que hacía mover todo el Imperio con su voz de mando, mientras él estaba casi paralítico. Por último, más de un deportista sobresaliente no es sino un organismo endeble que ha sabido reaccionar contra sus taras físicas, superándolas con creces.

No experimentar en lo profundo de nuestro espíritu, el sentimiento de inferioridad, sería una enorme desgracia, pues equivaldría a ser condenado a no hacer nunca nada digno o de valor. En cambio la *protesta viril* contra nuestros propios defectos, originada por el sentimiento de inferioridad, es siempre un índice de éxito y de progreso.

El rigor con que se ha tratado a Adler, acerca de este punto ha sido excesivo. Le objeta Stern, no sin razón por cierto, diciendo que en el caso mencionado, de los deportes, la manifestación de las ventajas personales juega con frecuencia un rol mucho más grande que la compensación de la inferioridad. En general, si la lucha contra la inferioridad se muestra intensa "es porque otras disposiciones excitan a realizar dichos esfuerzos". Ante esta objeción no podemos menos que inclinar respetuosos nuestras frentes. Pero ¿es necesario tratar de grotesco a Adler, sencillamente porque se encapricha en hacer intervenir en todos los hechos psicológicos el sentimiento de inferioridad? Freud compara irónicamente el sentimiento de inferioridad con los payasos del circo, cuyos gigantescos pasos, extraños gestos y cómicas actitudes sólo a los niños pudieran engañar, pareciendo trabajo difícil e importante para el desarrollo del espectáculo.

Y sin embargo, hay también otros que, sin ser niños, han creído en la necesidad del sentimiento de inferioridad, del sentido de la pena y del dolor, para explicar el desenvolvimiento de la actividad humana. Dice Kant: "Sin el dolor, la vida se extinguiría". Para Schopenhauer, el esfuerzo humano es causado exclusivamente por el dolor. El error de Adler está, no en haber admitido la presencia universal del sentimiento de inferioridad, sino en haber tergiversado el rol del mismo. Kulpe, Mac Dougall y otros, han comprobado en el terreno de la experiencia la ley general según la cual nuestras tendencias, nuestros impulsos hórmicos, no dependen ni son determinados por el placer o el dolor; estos influyen solamente en tanto que el placer fortifica y coadyuva o el dolor debilita y detiene. El dolor no causa, sino más bien reprime la acción. Es la inteligencia la que tomando conciencia de los obstáculos, determina a la voluntad intelectual, produciendo las reacciones útiles. Esta voluntad de que hablamos es muy distinta de la voluntad de

poder, cuya expresión objetiva parece ser una tendencia de las virtualidades a pasar a la realización.

12.—*El refugio de la neurosis.*

Adler sigue desarrollando la idea directriz, aplicándola al material de los hechos, particularmente a los casos de neurosis, aportados por Freud y sus colegas, u obtenidos por su experiencia profesional propia.

La neurosis parece presentar una seria dificultad a las concepciones adlerianas. En la neurosis la voluntad de poder carece de objetivo definido, el sentimiento de comunidad se pierde insensiblemente. ¿Cómo afirmar entonces que toda la vida psicológica y el ritmo de su desarrollo está predeterminado por la línea o plan de la vida?

He aquí cómo soluciona Adler este problema. En presencia de graves obstáculos, la línea o plan de la vida reacciona, trata de sobreponerse y arremete contra una inferioridad profundamente sentida. La fuerza del choque hace que la línea o plan de la vida se quiebre, revolviéndose sobre si misma, en un supremo esfuerzo por salvar de alguna manera el prestigio de su indiscutida supremacía. Entonces, faltándole coraje suficiente para sobre-compensar, por protesta viril, la dificultad surgida, utiliza el obstáculo mismo en la línea de la supremacía.

Veamos la descripción que hace Wittel del método seguido por Adler en el tratamiento de los enfermos. Esto nos dará una visión clara de su pensamiento acerca de la naturaleza psicológica de la neurosis. "Lo he visto trabajar, dice Wittel; no se preocupa en volver conscientes las representaciones inconscientes por el medio de las asociaciones espontáneas o la interpretación de los sueños, porque sabe que las neurosis tienen mil formas distintas de afectar la conciencia de los enfermos. El prefiere decirle al paciente que su enfermedad proviene exclusivamente del hecho de querer darse importancia...! Una vez estaba atendiendo a una niña que no quería comer. Estaba tan delgada que parecía un esqueleto, su cutis tenía ya la palidez de un cadáver. Adler le dice con tono afectado: "Mírenla Uds., acurrucada ahí como una fierecilla, aferrándose a su enfermedad, sólo por querer imponerse

en casa...! Bah! ¿No es lamentable que se pierdan tantas energías por nada...?"

En realidad, la neurosis existe porque el sujeto no quiere sobre-compensarse y se refugia en ella para salvar su prestigio. El neurótico es un ser aparte.

Pierre Janet, en sus obras, protesta contra esta excesiva simplicidad. Dice que en la neurosis hay verdadero estado patológico, que no hay simulación, ni aún en el histerismo, en el que, como se sabe, el paciente parece con frecuencia estar haciendo comedia.

Lo cierto es que los dinamismos psicológicos son profundamente complejos. Existen los dinamismos intelectuales, la voluntad, que por intermedio de las tendencias sensitivas puede accionar los nervios, músculos y poner en movimiento todo el cuerpo, pero no se olvide que los dinamismos sensitivos pueden dejar de actuar cuando sufren la influencia del dolor, del fastidio o de la extenuación, conforme lo han demostrado las experiencias de Kulpe y Mac Dougall. La voluntad actúa solo cuando se vincula a juicios de valor; y, por otra parte, para que surjan y permanezcan los juicios de valor tienen necesidad de imágenes sensitivas, cuya génesis y desarrollo, poco o nada tiene que ver con la voluntad. Entre el querer y la acción puede haber obstáculos o complejos de obstáculos. A la existencia habitual de algunos de dichos obstáculos, corresponden, en los individuos que los sufren, determinadas dificultades de adaptación al medio individual, interno, propio, o exterior, social, y *cuando estas dificultades se vuelven, a su vez, habituales, constituyen las neurosis.*

Adler puede haber curado a muchos de sus enfermos, pero esto no demuestra la exactitud de sus teorías, ya que él, como muchos otros siquiátras, puede obtener satisfactorios resultados, más por la destreza y experiencia personales en el ejercicio de la profesión, que por la aplicación de sus conocimientos teóricos o de sus ideas.

13.—Hasta aquí llega Adler en la edificación de su teoría. Las líneas arquitecturales se dibujan ahora por sí solas: *la voluntad de poder, el sentimiento de comunidad* y por debajo, *el aguijón del sentimiento de inferioridad.* Desde el comienzo de la vida, fusionan sus respectivos desarrollos para cruzar una *línea o plan para la vida*, meta que, una vez decidida, será seguida sin desfallecer

hasta en los más mínimos detalles y con el ritmo de intensidad precisa, en virtud del sentimiento de inferioridad.

Frente a los obstáculos que se levantan en el campo de la conciencia, los espíritus fuertes sabrán *sobre-compensarlos*, por *protesta viril*, sin dejar de seguir la dirección señalada por la línea de la vida; los demás, aquellos en los que cabe anotar una falla o déficit psicológico, déficit que consiste en una falta de docilidad a la voluntad de poder, deberán refugiarse en la neurosis. Si el déficit aparece en el sentimiento de comunidad, el individuo se volverá un desadaptado social y terminará quizás en las tenebrosidades del crimen.

14.—No siendo posible en este estudio, seguir minuciosamente los trabajos de Adler para *poner en práctica* su teoría, nos limitaremos a proyectar una mirada sobre las soluciones dadas al respecto de algunos de los más grandes problemas actuales: el feminismo, la educación y la religión. De esta manera podremos también penetrar en la significación de la lexicología adleriana. Saber algo de sus enigmáticos términos como: poder, supremacía, prestigio, protesta viril, meta de la vida, etc.

Desde luego, Adler ha invadido todo el dominio de la psicología, sea de la vida individual, interna, o de la vida externa, social. Ha estudiado todos los matices del carácter, la vanidad, la envidia, el odio, el arrebató, el miedo, la angustia, la alegría, la compasión, etc.; también todas las variedades de neurosis, de impulsiones perversas y criminales; y, aún más, la pintura, la música, la literatura psicológica, como las novelas de Dostoiesky, etc.

El Feminismo.—La mujer ya no es concebida como un ser de vocación maternal simplemente, tal cual la había considerado la psicología tradicional, constituyendo por decirlo así un tipo femenino esencialmente distinto del tipo masculino. La mujer, por su natural debilidad física y sobre todo por los prejuicios sociales, está enteramente dominada por el sentimiento de inferioridad; su voluntad de poder está especialmente impulsada a sobre-compensarse, y entonces se cristaliza su ideal del plan de la vida: "hombre fuerte". Esto explica la enorme importancia del actual movimiento feminista en la familia y en la sociedad.

Los psicólogos quedarán, naturalmente, estupefactos ante tal concepción. La mujer, en efecto, lejos de tratar de ser "hombre

fuerte", no cesa de perseguir, desde la infancia, consciente o inconscientemente, la realización de su destino futuro. "Ved, dice Stern, cómo juegan en la playa el hermano y la hermana, haciendo galerías en la arena. Exteriormente, ambos realizan la misma operación, con los mismos gestos. Y sin embargo, el objetivo inconsciente es distinto: el niño se prepara para construir un túnel, la niña sueña con un horno donde cocer el pan".

Afirmaba con orgullo Adler que el gran pedagogo G. S. Hall, al fin de sus días se hizo adepto de la psicología individual. Empero, no podemos menos de dudar acerca de esta aseveración al leer sus últimos escritos sobre el problema del feminismo.

En efecto, en una de sus principales obras, después de reconocer que envidia a sus amigos católicos en su devoción por la Virgen María, añade: "Este ideal, que exalta y arrebató, prueba claramente que vale mucho más ser mujer, que artista, orador o maestro. . . Por esto, siento una honda pena, pena que va en aumento cada día, al ver cómo la mujer moderna abandona su tradicional espíritu, cómo va dejando de poner en la feminidad su honor y su confianza, cómo recurre, en su lamentable extravío, a los usos y costumbres del hombre tratando vanamente de realizar el ideal masculino, consiguiendo solamente empañar su divino origen".

La Educación.—Algunas citas, de máximas emitidas aquí y allá por Adler, nos darán una idea de su pensamiento respecto a este importante problema:

"El desarrollo de la actividad depende de la opinión que se tenga de uno mismo, de su valor y de su carácter".

"Nada es tan perjudicial como fijarnos límites a nuestra acción. Se da más de sí, cuando ésta se realiza sin aquellos".

"De una manera general, la escuela prepara mejor que la familia para la vida, porque en la familia el niño encuentra sin esfuerzo alguno todo lo que necesita. De aquí que sea tan recomendable el envío de los niños de tres a cinco años a los jardines de la infancia".

"El régimen de castigos debe ser suprimido de una vez y para siempre".

"Cuando el niño es educado a base de castigos, peligró el desarrollo de su sentimiento de la comunidad, y entonces se vol-

verá una criatura difícil. Tales son los "niños-problema" de los norteamericanos".

"Acrecentar y extender el sentido social, fortificar la independencia y el valor del niño; en esto consiste toda la educación".

Cabe aquí volver a notar una oposición entre S. Hall y la psicología individual. Hall propugna la necesidad de castigos moderados, defiende a toda costa el principio de autoridad, y se muestra decididamente adversario de la co-educación, tan apreciada por Adler.

La Religión.—Los principios adlerianos frente a la religión son los siguientes: Nada existe más allá del individuo y de la sociedad, lo que constituye un "ateísmo mudo", según decir de Donat. Adler cree que "Dios es una concepción bastante pueril" y que "es un gran error educacional querer formar al hombre a imagen de Dios".

En el "*Handbuch für Individualpsychologie*", órgano autorizado de la psicología individual, se dice textualmente: "Ni dogmas, ni sacramentos. La relación de hombre a hombre es un sacramento más que suficiente. . . "Crear en un Dios que reina por encima de las nubes, es crear un poder creador que, si bien no es inaccesible al hombre, se realiza efectivamente en lo más profundo del propio ser. El supremo ideal que necesita el hombre no es Dios, sino la humanidad. Esta, en realidad, y no aquel, es la que ostenta la verdadera aureola de la divinidad".

Después de leer lo que antecede, fácil será comprender que las expresiones de Adler no son como para ser interpretadas con sentido mitigado, sino que deben ser aceptadas en toda la extensión de su significado.

Por esto, la psicología individual ha sido comparada con ciertas plantas de los montes, cuyas flores, de un bello azul, tientan al transeúnte que pasa cerca de ellas, pero que sólo deben ser contempladas de lejos, sin tocarlas siquiera pues contienen un violento veneno.

Los términos virilidad, coraje, vida por la comunidad, marcha de la vida hacia adelante, utilización de los déficits para actuar mejor, enérgica sobre-compensación frente a los obstáculos, son ciertamente seductores. Más como la supremacía, la independencia, y la insuficiencia, son palabras que han de ser tomadas en su

estricto sentido, la fascinación desaparece bruscamente ante el eco siniestro: "non serviam; eritis sicut dii; similis ero Altissimo".

En la obra intitulada "*Resignación o abandono*", estudiando un profesor de la Universidad Gregoriana, el autor simula conducir a Adler al Colegio de un maestro de la verdadera "marcha hacia adelante". En uno de los pasajes, el maestro le muestra el "*Itinerarium mentis*" de San Buenaventura, donde le hace leer el primer principio de toda sobre-compensación efectiva: "Nadie puede elevarse por encima de si mismo, si no se siente elevado por una fuerza de lo alto".

IV. — EXAMEN DE LA TEORIA ADLERIANA

- 15.—*Déficits del material: el sentimiento de dependencia y la voluntad intelectual.* 16.—*Déficit en la arquitectura: falta de estética, ausencia de tripartición, insuficiencia del dualismo.* 17.—*Utilización de los procedimientos adlerianos.*

15.—¿Reúne la sicología individual las condiciones requeridas para la solución del problema de la sicología profunda?

Aparte del material de los hechos, ya criticamos algunas de las interpretaciones de Adler, por ejemplo las neurosis y el sentimiento de inferioridad. Ahora bien, ¿no habrá sido superficial el examen del material? ¿No habrá olvidado Adler algunos aspectos de gran importancia en la sicología individual?

Los conferencistas de la *mesa redonda* al discutir la realidad profunda de algunos niños encontraban con frecuencia la existencia del *sentimiento de dependencia*, que se manifiesta en un vivo respeto a la autoridad de los padres. Entonces, ¿no debería haberse tenido en consideración este sentimiento, relacionándolo con la actuación de la censura? Freud le concedió la importancia que se merecía. Esto se explica por una razón de carácter personal, pues hasta los veinticinco años no había jamás osado contradecir una opinión de su padre.

La inteligencia y la voluntad del niño se identifican en cierto modo, por la dependencia, con la inteligencia y la voluntad de los padres. Más aún, a pesar de haber llegado a la edad en que se siente capaz de hacer uso de su razón, y de juzgar por si mismo,

el niño acude siempre en primer término a una autoridad para apoyar sus creencias religiosas y sus convicciones morales. Así lo han demostrado recientes importantes experiencias y encuestas.

Precisamente, argüirá el prosélito adleriano, ahí se demuestra que existe la inferioridad, que será compensada por los impulsos de la voluntad de poder, en el transcurso de toda la vida.

¿Es correcta esta observación? Conforme crece el niño, aparece el adolescente, éste se vuelve joven, tornándose por último en adulto. A través de estas etapas, su capacidad de raciocinio va en aumento, y, sin embargo, esto no impide que siga sintiendo la íntima necesidad de apoyar sus puntos de vista en alguna autoridad distinta de la propia y superior a ésta. Unas veces la fé religiosa, un consejero autorizado, el autor preferido, y otras la opinión corriente de la gente, el programa del sindicato o el artículo del diario, satisfacen la exigencia de una autoridad que venga en nuestro auxilio para resolver cuestiones de la vida personal, y no de una manera general, de los asuntos relacionados con el bien común.

Se han presentado casos de sordo-mudo-ciegos que han sentido intensa dicha al descubrir, en la profundidad de sus secretos pensamientos, la existencia de un Dios, concebido como padre de todos los hombres. En la sumisión a su bondadosa autoridad encontraron la fuerza que necesitaban para perseverar en el camino del bien y no entregarse a la desesperación. He aquí un testimonio irrefutable en favor de la tendencia irresistible del hombre a la dependencia.

Este hecho psicológico particular, considerado aquí desde un punto de vista meramente positivo, se encuentra a cada paso, con claridad manifiesta, en la psicología colectiva.

En efecto. Han habido, hay y siempre habrán cristianos en el mundo. Cristo, el Verbo hecho carne, cuya personalidad ha sido engendrada por el Padre, se proclama dependiente y así quiso mostrarse en las más mínimas circunstancias de su vida mortal. Dependier, era su línea de la vida. Por su parte, los cristianos afirman ser, de hecho, sus discípulos y encontrar en esa dependencia un excelente motor de su actividad psicológica interna y externa. Con esta dependencia, y no con la voluntad de poder, descubren el secreto de soportar con valor las enfermedades y la muerte, y con ella abren también el camino de la salud y la conquista de la sal-

vación. Con esta dependencia conquistaron los Apóstoles el mundo, iluminó San Agustín la Iglesia, señalaron los santos a la comunidad humana, el camino de la verdadera felicidad. Esta sicología cristiana no puede ser encuadrada dentro de los estrechos límites de la arquitectura adleriana, la que, sin embargo, pretende abarcar la sicología toda.

Existe otro conjunto de hechos sicológicos, *las voliciones intelectuales*, que han pasado desapercibidos para Adler.

La sicología contemporánea, particularmente las experiencias de W. James, así como las rigurosas introspecciones provocadas por la "*Denpsychologie*", han reconocido la existencia de las voliciones intelectuales, como muy distintas de otros impulsos sicológicos e irreductibles a alguno de éstos. Freud y sus continuadores, hipnotizados por la búsqueda del inconsciente, no se daban cuenta del verdadero motor de sus propios trabajos. Los prejuicios de Adler, por otra parte, le hacían confundir los dinamismos intelectuales con la voluntad de poder, a pesar de su clara y definida diferencia.

16.—*Déficits de la arquitectura adleriana.*

Freud, diciendo estar de acuerdo con los grandes sicoanalistas Jonas Abraham y Ferenczy, hace la siguiente apreciación de la sicología individual: "El sistema es ininteligible, y tan confuso, que es realmente difícil tomar una actitud definida frente a él... Basta estudiarlo para no saber nada de él. Francamente, nadie podrá comprenderlo correctamente". Claro está que se trata de una crítica de sicoanalista predispuesto contra Adler. Pero, ¿la crítica de la metodología científica será menos severa?

En realidad, en el sistema de Adler *la estética* no se manifiesta, cosa que debería ocurrir, de estar bien construido. La teoría es un orden establecido en el material sicológico; si la teoría es buena, el orden resplandecerá con toda su belleza. La sistematización freudiana es falsa, pero sus líneas acusan una cierta estética: el esfuerzo dominador del Eros, moderado por el principio de la muerte, actúa sobre el material sicológico, armoniosamente dividido en "Ello", "Yo" y "Super-Yo", cuyo conjunto total se sublima hacia las alturas, bajo la influencia de la censura. Nada de esto se en-

cuentra en el sistema adleriano, no tiene ni la apariencia de estética. Adler se contenta con colocarnos intelectualmente frente al sentimiento de comunidad.

No hay en Adler dos líneas distintas que se fusionan mediante una tercera. Ni la voluntad de poder, ni la *tripartición*, ni factor alguno es relevado a fin de hacerle jugar el rol de la censura. La sicología individual pretende haber encontrado mejor que nadie la unidad de fin, porque la voluntad de poder y el sentimiento de comunidad fusionados, dan el impulso final hacia la meta única. Toda sana filosofía se apresurará a admitir que todas las actividades de un ser se fusionan hacia un fin, pero que al mismo tiempo, la observación demuestra que en el hombre, el fin es perseguido gracias a motores distintos y que, por consiguiente, se requiere de un tercer principio que oriente dichos impulsos hacia la unidad de fin, sin confundirlos.

Pero, ¿existe un verdadero dualismo entre la voluntad de poder y el sentimiento de comunidad? La crítica de Freud es certera en este punto; considera que el sentimiento de comunidad, que aparece en el niño con el fin de procurarle lo necesario para su subsistencia, no puede ser diferenciado claramente de la voluntad de poder por la que el niño busca la satisfacción de su prestigio personal. Los principios de placer y de realidad, que Freud negóse a concebirlos como realmente distintos, eran mucho más desemejantes.

La sicología experimental tiene también el deber de manifestar su disgusto por la manera cómo Adler ha invadido sus dominios. La sicología positiva, tras rudas pruebas y no pocas decepciones, precisando nociones y asegurando minuciosamente las condiciones de su experimentación, ha llegado lentamente a conquistar una táctica segura y eficaz, en un dominio ya bastante explotado. Y sin embargo, Adler se ha permitido prescindir de todo este pasado científico, de todos esos hombres de talento y aún quizás geniales, negándose a tomarse la molestia de tomarlos en consideración. Prefiere caminar sólo y sin ayuda de nadie!

17.—A pesar de todo, la sicología experimental quisiera ser generosa con este trabajador del espíritu que a sus discípulos ha dado la impresión de ser un hombre humilde y modesto, animado del único deseo de servir a la humanidad, y de acudir presto en au-

xilio de los que sufren. Pero la ciencia es ciencia. Ella no reconoce mérito científico a quien desprecia las condiciones esenciales de su existencia misma.

Fuera del terreno rigurosamente defendido por la ciencia, ¿podrá tener algún valor práctico la psicología adleriana?

Pero, ¿podemos sentirnos inclinados a la benevolencia respecto de sus desconcertantes declaraciones acerca de la religión? ¿Podremos acaso reconocer, como lo hace Künkel, una relación entre la psicología de Adler y el cristianismo, entre el ideal de la comunidad y el precepto de amar al prójimo? ¿Puede concebirse que el educador "haga comprender" al niño que por encima de él no debe reconocer sino el espíritu de su propia infinitud?

La respuesta negativa se desprende lógicamente. La conciliación no puede provenir de la religión, pues ésta no necesita utilizar lo poco que de utilizable podría encontrarse en la teoría adleriana, para aplicarlo al desarrollo de la psicología del niño. El niño necesita un Dios personal al que pueda amar como al mejor y al más grande de los padres y en el que encuentre la satisfacción de sus ansias de dependencia.

En cuanto a los procedimientos prácticos de educación adleriana, jardines de la infancia, consultas médico-pedagógicas, etc., consideramos que son estimables. Pero téngase en cuenta que dichos procedimientos eran ya conocidos, si bien bajo otros nombres, siendo sus resultados apreciados desde hace muchísimo tiempo. Sin embargo, si dichos procedimientos presentan algunas novedades provechosas, claro está que deberán ser adoptadas, después de ser purificadas de las tendencias nocivas que pudieran contener. La educación seguirá siempre la ruta señalada por la pedagogía católica, que concuerda siempre con la verdadera ciencia. Y así, con humildad y dependencia, estemos seguros de que nuestros discípulos llegarán a más altos destinos que aquellos a los que habrían podido llegar mediante la psicología individual de Adler.

J. de la VAISSIERE, S. J.